13. Devulé devulé devulé

Manuela siempre tiene hambre, no me lo explico, come mucho y no engorda ni mijita, no lo entiendo. Dice que es porque caga una barbaridad, que por las mañanas deja el váter sin agua. Me da envidia, yo nunca he sentío eso, yo voy cargando con la mierda to el rato, fatal pa mis venas rectales. Yo pa cagar bien necesito avena y pasas, el típico muesli triste que nadie compra pero que sospechosamente siempre está presente en la estantería el súper. Aquí hay algo de fruta descongelá, galletas de mantequilla y pan de molde con mermelá. Desde luego, no ponen fácil la dieta aquí dentro.

—Perdona, ¿hay muehli?

—¿Cuándo te vas a cansar de pedirlo?

—Nunca. Te quean veintisinco año oyendo la mihma preguntita.

Le dedico una sonrisa a la cocinera de turno, de algunas no logro recordar el nombre, el mote siempre prevalece.

Con la que hablo, la que está rellenando los termos de café, es Tortuga, evidentemente. Ese cuello, ese tempo piano piano, Tortuga, obvio. Me devuelve la comisura hacia arriba, pero tarda demasiao, que lenta es la jodía, con ese tempo una no siente na, ni de lejos en este intercambio experimento el fervor que siento con la doctora Pina. Es pensar en ella y mi útero baila, siento cómo se retuerce implicando a todo órgano que lo rodea. Quiero verla, venga venga venga, necesito algo. No quiero desayunar, me da igual el café, no quiero café, que me irrita el culo. Quiero estar con ella, sí, quiero verla quiero verla quiero verla. Piensa, Pili, piensa piensa piensa. ¿Qué puedes hacer? Venga venga venga, algo, lo que sea. ¿Una tos? ¿Oigo una tos? Una que debe ser de las nuevas está al fondo la sala tosiendo, sí, no se ha atragantao, esa tos es de enferma, desde luego tiene mala cara. Voy hacia ella. Pillo su vaso café y chupo el borde como una perra.

—¿Qué haces?

—Quiero pilla tu gripaso.

—Ah, vale, ven que te tosa en la cara.

Tose con la boca abierta. Los perdigones de saliva vírica atraviesan el aire e inundan mis poros. Inhalo con fuerza, esto tiene que acabar con éxito. Qué apañá. Esta sí que puede ser colega. Mi segunda sonrisa del día va pa ella.

—¿Cómo te llamah?

—Ale, de Alejandra.

—Encantá. Yo soy Pili, de Pilila.

—Ese nombre no existe. Pili es de Pilar.

Mae mía. Es tonta. Odio a la gente que corta el rollo de esta manera. Me arrepiento de haberme acercao a ella. Me sigue hablando y no se da cuenta que no escucho ni pío de lo que me está contando. Menudo bajonazo de chavala. Menos mal que tengo a Manuela. ¿Por qué no me rescata? Estoy entrando en un bucle, Manuela, por favor, sácame de aquí. Seguro que está repitiendo desayuno. Mi ídola, ojalá yo pudiera comer sin importarme las consecuencias. El aparato digestivo se me jodió enterito con el estrés del trabajo lesión ayuda arresto juicio condena. Si tuve hasta una maldita úlcera. El día que me empezó a sangrar el ano fue la noche después de cenar con Antuán. Fue uno de los tantos imbéciles que se presentaron a decir mierdas sobre mí en el juicio y sobre el que yo no pude decir na porque mi abogá me aconsejó que yo no dijera na porque tenía que parecer subnormal. Antuán, que pilló plaza en la Junta, en la Agencia. Con to lo que la criticaba. Con to el odio que él tenía. Con la de veces que dijo que iba a pillarse una metralleta y liarse a tiros en la Agencia. Que si le debían pasta de tal bolo, que si le debían dinero de tal ayuda, que si le estaban asfixiando con la justificación de la otra ayuda, que si iba a tener que cerrar la compañía porque la Agencia la Agencia la maldita Agencia. Antuán metamorfoseó de humano a marmota y se pilló un paquetillo nueces. Me acuerdo perfectamente. Me cogió pa una de sus producciones con mucho audiovisual, que eso le daba a él muchos puntos, las nuevas tecnologías. Me prometió un dinero y nunca me lo dio porque la Agencia la Agencia la maldita Agencia. Quiso invitarme a cenar pa compensar, quizás era raro que solo me invitara a mí, yo qué sé, me pareció una propuesta agradable, yo qué sé. Estaba casao, tenía hijas de mi edad, por el amor hermoso, era evidentemente gay y era evidentemente una propuesta inocente. Pero el tío se puso a beber vino, botella tras otra, y yo también, la verdá. El vino era lo único que me adentraba en el sueño y me calentaba los pies en invierno. Comenzó a hacerme preguntas sobre chicos, qué clase de chicos me gustaban, si me gustaban mayores, si me gustaban también las chicas, qué me gustaba que me hiciesen en la cama, si me molaba el rollito espacio público. Bueno, esto me hacía mucha risa, hablar de sexo siempre me ha parecío la mejor opción. Yo le dije que no tenía ningún fetiche, quizás chupar deos, y él me contó que le sabía el semen a tomate deshidratao, que creía que con la edad su semen había mejorao, que era más espeso y jugoso, que parecía sirope vainilla apetitosa. To era divertido, nos reíamos. Lo que no esperaba es que entre risas y relatos cerdos pusiese su mano en mi muslo y la deslizara hasta mi entrepierna. Le quité la mano sin darle más chicha, pero el tío volvió a ponerla con

más fuerza apretándome la ingle y repasando la costura mi vaquero con su deo gordo como si pudiese meterme el deo a través de la tela, haciéndome daño, hasta dejarme en silencio, fría. Entonces estalló en una carcajá bastante conseguía y continuó la conversación como si na. Yo me fui al baño y sin darme cuenta el tío mierda vino detrás, se encerró en el lavabo conmigo y me dijo: Chúpamela, Pili. Y yo se la chupé. Ahora digo yo que por qué, pero yo a Antuán se la chupé y me llenó la boca de to el sabo de mierda, que eso no sabía ni a tomate ni a vainilla ni champiñón si quiera, aquello sabía a pescao porío con huevo duro porío y sus muertos poríos. Antuán dijo: Qué gustazo, Pili.

Y sonreía. Este es nuestro secretito, ¿vale? Se limpió la polla con papel de váter y volvió a la mesa. Yo vomité con la ligereza de una buena bailarina, me enjuagué la boca mil veces y volví a la mesa. Llamó al camarero pa pedir un postre y me preguntó si quería uno. Le dije que no, le dije gracias y me quedé quieta mirando cómo se regocijaba en su culán de chocolate. Se limpió la boca marrón con la servilleta blanca, pidió la cuenta, pagó y me dijo: Adiós, guapa, hasta mañana. Desde entonces, el vino pasó a ser sangrado anal. Puede ser que simplemente lo heredara de mi padre. La sangre de Cristo nos sale por el culo. Mi padre jamás me lo ha dicho, pero mi madre siempre se lo advertía cuando se echaba una copita:

—Hacobo, ten cuidao, que luego tarrepienteh.

—Pero si ehto no eh na, mehtoy eshando doh deítoh, que eh bueno pal corasón, que lo escushao en er telediario.

—Mu bien, pueh mañana no me lloreh.

Yo le preguntaba a mi madre a escondías:

—Mamá, ¿por qué va llorá papá?

—Porque le sangra er culo, eh tonto, lo sabe de sobra, er vino le sienta fatá.

Pues igual de tonta acabé yo. Ahí te entiendo, papá, el vino es que está mu bueno, pero qué mal que nos sienta. Si vienes un día hablamos del tema, puede ser raro, pero a lo mejor las hemorroides nos unen más que eso de ser tu hija y nos hacemos amigos. Aunque prefiero que venga mamá, la verdá. Mi madre es la mejor, debería divorciarse, viviría más años. Está demostrao, las solteras viven más que las casas. Pero es que los dos, tan cristianos, pensar en el divorcio sería convocar al mismísimo Satanás, y bastante tienen ya con haber parido al Anticristo. Cumplen con to los protocolos. Tienen un crucifijo sobre la cama, un niño Jesú en el salón, una Virgen en la nevera y otra en la entrada, van a misa los domingos, rezan de rodillas, por la mañana y por la noche. Una vez mi padre se Hipó y bendijo los alimentos y to, como en las pelis americanas. Y yo le dije: ¿Qué hase, papá? ¿Qué ere, un crihtiano de Alburquerque? Y ahí me gané la bofetá, claro. También me la gané cuando le dije que Dios era un pesao, o cuando llegué

diez minutos tarde aquel domingo, o cuando mascullé entre dientes que era un abono poni. Fite tú, abono poni, qué lástima de criatura, podría haber dicho cosas mucho peores, podría haberle dicho a la cara que era un hijo de la gran puta mamonazo gilipollas idiota comemierda cabrón, por lo menos tirano: Papá, ereh un tirano. Pero como siempre, yo, callaíta chitón cremallera. A base de hostias aprendí a callármelo to. Desde luego, no dije ni mu cuando me pilló los condones en la mochila, ahí puse la otra mejilla como buena cristiana. Con mi padre y la danza clásica aprendí a callar. Aprendí que la palabra pero no es buena, es Lucifer. No hay maestra que tolere un pero, y si va seguido de un es que, menos aún.

—Pili, te estás inventando el ejercicio.

—Pero…

—Pero nada.

—Eh que…

—Un es que más y fuera.

—Vale.

—¿Qué vale ni vale? Que te calles.

A veces soltaba otro vale, pero solo pa que supiera que lo había entendío, y me ganaba otra reprimenda de más nivel, porque to es siempre gritando un poco, que se entiende to mejor. Otras veces me arriesgué con un oquei. Pero tampoco cuajó, na funciona. Una traga y asiente, traga y asiente, se corren en tu cara y tú relames en silencio. To porque mi madre me apuntó a clases de sevillanas a los siete años. Primero me llevó a natación, pero una niña más grande me ahogaba en el cloro y yo lloraba. Después lo intentó con el bádminton, pero una niña más pequeña me pellizcaba la alita pollo y yo lloraba, así que decidió probar con clases de sevillanas. La maestra, Dulce, a la que una vez chupé la mano pa saber si era dulce de verdá o si era solo un nombre, nos ponía un enorme lazo azul en la pierna izquierda. Así, cuando llegaba el momento crucial, el de arrancar el paseíllo, y ella gritase: ¡Ihquierda!, nosotras lo único que teníamos que hacer era mirar pa abajo y tratar de mover la pierna que tenía el lazo. Yo eso lo hacía mu bien, Dulce se percató y le dijo a mi madre que hiciera las pruebas pa el conservatorio. Y así, a lo tonto, pim-pam-pum, lo que era un juego se convirtió en obsesión. Pobre diabla. Mamá, en el balé también me pellizcaban y me hacían llorar. Pero, mamá, por alguna razón mística profunda me daba igual. Aprendí que si me hacía daño a mí misma, nadie podría hacerme daño de verdá, ninguna niña, profe, punta de balé o papá me harían más daño, solo me tenía que hacer fuerte, eso pensaba. Primero comencé a tirarme de las cejas, rechinar los dientes y comerme la carne la boca. También a poner los ojos en blanco hasta que me doliese la cabeza. Mis padres declararon en el juicio que yo fui una niña feliz, que iba bien en la escuela y que tenía buenas amigas, que estaba contenta en casa, que me reía y bailaba to el

tiempo. Pero yo sabía que algo raro debía de haber en lo de hacerme daño a propósito. Llegar a amoratarme las pantorrillas por eso de sentir el grado exacto de dolor en ambas piernas no creo que sea algo normal. El dolor tenía que ser simétrico total y no paraba hasta conseguirlo. Si me torcía un pie sin querer, me retorcía el otro queriendo. ¡Ay! No. Me colao. Entonces me retorcía un poco más el primero. No. Demasiao. Otro golpe. Más suave. Más fuerte. Y así mucho rato hasta conseguir el equilibrio. Así podían ser los pellizcos, los arañazos, las hostias en general. Como una buena penitente. A veces, la única manera de parar era cuando dejaba de sentir la piel o la articulación, pero claro, tenía que dejar de sentir las dos zonas. Siempre derecha e izquierda, siempre hay dos caras pa el dolor, como los casetes. Tanto golpe requiere tiempo, demasiao, es mucho rato del día invertío en eso. Menos mal que solo tenemos dos cosas de cada cosa. Llegamos a tener tres brazos o cuatro manos y no hubiese podio hacer vida con normalidad. Cuando empezaron a salirme granos se añadió la manía de reventármelos hasta hacerme la herida, hasta ver un trozo pellejo colgandero. Una gota sangre tenía que derramarse siempre. Por eso tengo tantas marcas en la piel, en cuanto se forma la costra la arranco. Me gusta ver mi piel cruda, ver que hay vida dentro de esta capa superficial que la gente se cree que soy. Mirá, mirá bien, yo soy la que ehtá debaho, la que sangra. Manías de cualquier niña, una niña feliz, declararon mis padres. Los pobres. Bueno, mi padre un poco menos, a él nunca le gustó que yo bailara, siempre lo vio una pérdida de tiempo. Pero mi madre, Conchita, no tiene más culpa que llevarme a clases de sevillanas a los siete años. Mi mamá, ella, que le gustaba verme bailar, siempre me decía que lo hacía mu bien, incluso los bailes raros, así los llamaba ella: Esa cosa que tú hase. Esos que no entendía, esos, los disfrutaba igual. Decía que los sentía por dentro como cuando rezaba. Venía a to, mi mamá no faltó ni una. Decía: Tú hah nasío pa bailá. Y yo me lo creía, y cuando me ponían al final de to, en la esquina, chocándome con el telón de fondo de manera más que evidente, to esos fines de curso en los que lloraba porque no era la protagonista, ella me decía que había sío la mejor: Pili, tú brillah. Qué buena mi madre. Mi padre creo que simplemente se aliviaba con que tuviera las tardes ocupas, que no fumara porros y que no quedara con chavalines como la vecina. Esa eh una puta, decía. Pues Jacobo, a lo mejor tu hija debería de haber fumao porros. Debería de haber follao más. Porque igualmente tu hija es una peazo puta, una reina puta con medalla caballera de las artes puteras.

—¿Qué has dicho?

—¿Yo?

—Sí, ¿quién si no?

—Ah, pueh no sé.

—¿Me has llamado puta? ¿Me estás guiñando el ojo como a una idiota?

—¿Cómo? Ah, no, mira, ehque…

—Es que nada.

Vaya, otra que no tolera un es que. Ale de Aleandra se levanta. La silla gime cuando se separa de la mesa. El mobiliario está más deprimío que nosotras aquí dentro. Ale de Aleandra parece que me está lanzando un mensaje con la mirá. Creo que está diciendo algo con los labios también. ¿Le falta un diente? Fijándome bien, está más cachas de lo que parece a primera vista. Coño, mucho, está cantúa.

—¿Ereh culturihta o argo de eso?

—¿Cómo?

Mi ojo guiña guiña guiña.

—¿Pero tú por quién me tomas?

Aquí eleva el tono de voz y la barbilla, como si con ella lanzase una flecha directa a mi ojito ligón.

—¿Por puta?

Su puño viene hacia mi cara. Ale de Aleandra tiene cero sentío del humor.